

á sus órdenes, llegaban la primera á Amozoc y la segunda á inmediaciones de Acajete, y el 16 estaban á seis kilómetros de Puebla. Forey se pone al frente de todas sus tropas el 17, y da principio á las operaciones de sitio.

Iba á comenzar la lucha de 30.000 soldados contra 16.000 hombres que estaban en la ciudad, bajo el mando de González Ortega.

El general Comonfort contaba con 6.000 reclutas, con que se habían improvisado sus batallones, y estaba sobre el camino de México, teniendo sus fuerzas colecticias escalonadas con dirección á la capital.

En lo que se refiere al general Díaz, con su brigada había formado parte de la división del general Berriozábal, cuando tuvo efecto la reorganización del ejército de Oriente, bajo la dirección del citado general D. Jesús González Ortega. Formaban esa división, tres brigadas de infantería: la primera, mandada por el coronel D. Juan B. Caamaño; la segunda, por el general Díaz, y la tercera, por el coronel D. Manuel Márquez de León. Ya veremos combatir á esa división, á la segunda brigada de la misma y á su jefe, tantas veces quemado por el fuego de la batalla.

El instante de comenzar la lucha llegaba; los ejércitos contendientes se miraban y se medían.

Iba á surgir la epopeya con sus tocatas, con sus fuegos, con sus estampidos, con sus matanzas y con sus heroísmos.

El ejército mexicano iba á cumplir con sus deberes, los más grandes, los más nobles, los que demanda la defensa de la patria.



XV

Comienza el sitio de Puebla.

El general Díaz rechaza los ataques efectuados sobre su línea.

1863

DESCANSANDO sobre las armas se hallaba el cuerpo de ejército de Oriente en Puebla, apercebido para comenzar la brega; sus cornetas vibrantes, sobre las eminencias avanzadas, y luego en murallas, plazas y calles, lanzan al aire el toque de *general*, y las filas se conmueven y toman sus posiciones de combate.

A su frente, el día 18 de Marzo de 1863, dos grandes columnas de diez mil hombres más ó menos cada una, partieron del camino de Amozoc hacia rumbos opuestos, con el fin de ir estableciendo, fuera del tiro de nuestra artillería, la línea de circunvalación en la ciudad. Al ver cómo estas fuerzas, dejando destacamentos en la línea que recorrían, hacían aquellas marchas apartándose de su punto de partida, al extremo de que al obscurecer distaba una de otra cabeza de columna como cuarenta kilómetros, varios jefes superiores, entre quienes iba el general Díaz, previo el permiso necesario, propusieron al general en jefe una salida en la misma noche, con el fin de batir alguna de aquellas tropas, para caer después sobre la otra; mas encontró razones el citado general en jefe para no aceptar las indicaciones que se le hacían, y las columnas concluyeron su maniobra de circunvalación hasta unirse al día siguiente las cabezas de las mismas en el cerro de San Juan, opuesto diametralmente al lugar donde comenzaron su movimiento.

El 19 de Marzo se pusieron en batería algunas piezas de los sitiadores.

El estampido de los cañones de una y otra parte, haciéndose oír de tiempo en tiempo, anunció la lucha que por tantos días habría de prolongarse.

Aun no se cerraba el sitio cuando el teniente coronel D. Manuel González, que más tarde fué Presidente de la República, que había pertenecido al bando conservador, y había luchado desde Oaxaca contra el general Díaz, distinguiéndose por su intrepidez, se presentó al citado general, diciéndole más ó menos estas palabras:

«He solicitado de usted varias veces, y por diversos conductos, que me ayudara á conseguir un lugar en las filas del ejército mexicano, con mi carácter de teniente coronel. Usted se ha negado á ayudarme en ese trabajo, ó no ha podido conseguirlo del Gobierno; pero ahora que ya no hay tiempo de formular solicitudes, porque el enemigo está para atacar á esta plaza, vengo á pedirle

otra cosa muy distinta: un lugar en sus filas y un fusil. Piense usted que, como usted, yo también soy mexicano, y reclamo el honor de morir por la patria.»

Ante aquella manifestación patriótica de un valiente, de un hombre de gran corazón, el general Díaz se conmovió, y dándole la mano le dijo que fuera á su lado como compañero y como amigo, y que pronto, en el primer combate, le daría ocasión de hacerse conocer del general en jefe, para proponerle que se le pusiera formalmente en servicio y se le reconociera el empleo que había tenido en las filas contrarias.

El general Díaz, en sus apuntes, dice con referencia á esto lo siguiente: «En efecto, cuando los franceses aun estaban estrechando el diámetro de su línea sitiadora, propuse un día al general en jefe ir á batir un puesto, un poco distante de sus vecinos á derecha é izquierda, y aun no comunicado con ellos porque no se habían terraplenado ó colocado puentes en las barrancas que los separaban entre sí; lo que fué aceptado y se ejecutó bajo la presencia del mismo general en jefe y su cuartel-maestre, que observaban desde el cerro de Guadalupe. Puse una compañía á las órdenes del teniente coronel D. Manuel González, la que maniobró tan bien y con tanto éxito en esa operación, que á mi regreso el general en jefe me preguntó quién mandaba aquella compañía. Aproveché entonces la buscada ocasión para presentarle á González, mandándole en seguida que se retirara.

»Referí al general en jefe la manera con que ese oficial se me había presentado, y entonces dió orden al cuartel-maestre, que en esos momentos se hallaba con nosotros, para que González fuera dado á reconocer como coronel, y en tal empleo siguió prestando á mis órdenes sus servicios.»

Como González obraron varios jefes conservadores, amantes de su país, y algunos otros se expatriaron.

Expuesto semejante episodio, relativo á un militar que hemos de seguir viendo al lado del general Díaz, continuemos la relación de las operaciones.

Fuerzas de los coroneles Carbajal y D. Aureliano Rivera salían de la ciudad y se ponían en contacto con las de Comonfort, los días 23 y 24, para cuyos días habían tenido efecto diversas escaramuzas entre las tropas avanzadas de una y otra parte. Los franceses establecían sus paralelas.

El 26, el enemigo destruyó á cañonazos parte del fuerte de San Javier, y de sus trincheras destacó, sobre la parte defendida, columnas que fueron rechazadas.

El 28, á la una y media de la mañana, se renueva el ataque sobre San Javier; y aunque las columnas asaltantes llegaron hasta el foso del fuerte, se vieron en el caso de retroceder.

Próximo á ser desmoronado el edificio, por el fuego de cañón que contra él se hacía, se retiraron al centro de la ciudad los almacenes que existían en el mismo y en la penitenciaría, y sólo se dejaron grandes destacamentos en aquellos lugares, á los que los franceses atacaron el 29 con cuatro gruesas columnas, siendo resistidas por los batallones de Guanajuato y Morelia, los cuales perdieron tres piezas de montaña en la refriega.

Las ruinas habían sido defendidas palmo á palmo: el combate fué sangrientísimo, y solamente en las filas republicanas había ocasionado una baja de 500 hombres, entre muertos y heridos.

Tras esto se siguieron defendiendo las manzanas de la plaza de toros é inmediatas, que están atrás de San Javier, haciéndose allí la resistencia hasta el día 1.º de Abril, que se desartillaron.

Niox, en su obra: *Expédition du Mexique*, ese oficial de estado mayor del general Forey, decía que los mexicanos mostraban una tenacidad y un valor admirables; que arruinado un edificio, defendían las ruinas, y luego tomaban otro á la espalda para resistir en él de la propia manera; y que,

por consiguiente, el avance tenía que hacerse entre voladuras de minas y cadáveres quemados por el fogonazo de los fusiles, salvando escombros ensangrentados.

Es el 1.º de Abril de 1863, y el general Díaz se pone en plena actividad. Oigámosle. Dice en sus apuntes:

«En la noche del día 1.º de Abril de 1863, recibí orden para mover mi brigada de la plaza de San José, uno de los lugares destinados á las reservas, para ir á guarnecer la línea de manzanas que había frente al enemigo, situadas de Sur á Norte, y que se encontraban en esos momentos cubiertas por la brigada que mandaba el general D. Mariano Escobedo, quien había venido defendiendo sucesivamente la serie de puestos sobre que el enemigo avanzaba. La línea en que me iba á establecer, comenzaba por el Sur con la manzana en que está el convento de San Agustín; seguía para el Norte la del Hospicio y toda esa faja hasta La Merced, situada en el extremo Norte. La manzana vecina á las mías hacia el Sur, que era la última de la ciudad, estaba guarnecida por el batallón Sánchez Román, de la división de Zacatecas.

»Colocando mis tropas, ocupé toda la noche, hasta que amaneció, en recorrer la serie de manzanas que se me encomendaron, lo mismo que las trincheras que servían de pasaje para ligarlas entre sí, y en ordenar la ejecución de todas las obras que me parecieron convenientes para poner mi línea en mejor estado de defensa. No fuí atacado durante todo el día siguiente, y lo aproveché para reforzar las fortificaciones, usando de todos los brazos disponibles.

»En los momentos en que yo relevaba á la brigada del general Escobedo, fué ocupada por el enemigo la manzana del Hospicio, intercalada en mi línea, porque la fuerza que la cubría se había retirado sin esperar la que debía reemplazarla; y conocido el caso por el cuartel general, se me ordenó que no la disputara en esos momentos, sino que ocupara prontamente las que aun quedaban en nuestro poder. En consecuencia, interrumpida la línea de manzanas que yo defendía, por la del Hospicio, mi comunicación tenía que ser tardía, y por detrás de la línea defendida.

»Como á las seis de la tarde del 2 de Abril de 1863 comencé á sentir trabajos de zapa, procedentes de la manzana del Hospicio, dirigidos contra la de San Agustín, por el frente de la casa conocida con el nombre de cuartel de San Marcos.

»Al principio me parecieron subterráneos los golpes, pero á poco comprendí que se hacían perforaciones en los muros de la acera del Hospicio, para sacar por ellas las bocas de los cañones y batiirme en brecha el cuartel de San Marcos. Me situé desde luego en esa casa, reforcé hasta donde era posible las obras de defensa de los puestos que daban á ese frente, y coloqué tropa dispuesta á defender los balcones. Llegado el momento del ataque, y listas ya las defensas construídas dentro de la casa, comenzó á las ocho de la noche el fuego de una batería, que destruyó el muro que separaba las dos puertas de una tienda que quedaban á la derecha del zaguán, y rompió, con todo y los refuerzos que tenía, las hojas que las cerraban, convirtiendo todo ello en una ancha brecha. El techo de la tienda era de bóveda muy sólida, y por ese motivo no cayó, como razonablemente debieron esperar los franceses, puesto que le habían destrozado la base.

»Durante el cañoneo, aplicaron los franceses un fuerte petardo á la puerta del zaguán del cuartel de San Marcos, que previamente había yo reforzado por dentro con baldosas del patio, las del mismo zaguán, y con un gran hacinamiento de tierras. Debido á esto, el petardo no causó el efecto esperado sobre la puerta, y los franceses tuvieron que asaltar por la brecha abierta en la tienda.

»El asalto se resistió enérgicamente durante más de dos horas.

»Hubo un instante solemne, en que el ímpetu de la carga de los franceses en el patio de la casa, desmoralizó á mis soldados, que llegaron á huir en desorden; pero lo pequeño de la horadación por donde tenían que pasar, no permitió que se retiraran todos. En esos momentos disparé personalmente contra los franceses un obús que tenía en el patio, cargado con metralla y apuntado para el zaguán, y la descarga á quemarropa los aterrorizó al grado de que abandonaron el patio que empezaban á ocupar y se replegaron al citado zaguán.

»Entre mis soldados que habían huído, lo hicieron los del pelotón que servía el obús, con el que quedó solamente el cabo. Entre él y yo cargábamos de nuevo la pieza cuando del enemigo, en grupo, se adelantó sobre nosotros un zuavo, que probablemente habría matado al cabo si no salgo yo á su defensa. Quise sacar al efecto mi pistola, pero con los golpes que había sufrido en la refriega se había desarticulado, sin que yo me hubiese dado cuenta de ello, y me quedé con el puño en la mano, el cañón en la funda y el cilindro rodó por el suelo: arrojé aquel inútil puño al pecho del zuavo y me adelanté sobre él para desarmarlo; pero como sintiera el golpe, se creyó sin duda herido, porque había muchos disparos en esos momentos, y regresó rápido al zaguán en donde estaban sus compañeros.

»El disparo del obús, y la retirada consiguiente de los franceses, reanimó á mis soldados que habían huído; muchos de ellos regresaron á su puesto, y parapetados en una fuente que se hallaba en el centro del patio, se defendieron tras ella y dirigieron fuego vivo sobre el zaguán, en donde había yo hecho una excavación para sacar material que sirviese de refuerzo á la puerta de la calle; y esa excavación, al hundirse en la misma, servía de abrigo á los asaltantes. Mandé en tal concepto, al teniente D. José Guillermo Carbó, con cincuenta hombres, que subiera al corredor del segundo piso de la casa, para batir desde allí á los que se cubrían del modo expuesto. Como los fuegos de Carbó eran de la altura hacia la excavación, fueron tan eficaces, que poco los resistieron los franceses y se replegaron al fin á sus posiciones.

»Como á las diez y media de la noche, todo había concluido en la manzana de San Marcos. Una vez que el enemigo volvió á sus puestos fronteros, me adelanté con la tropa suficiente á cerrar la brecha que había abierto la artillería contraria y á restablecer la terracería de defensa; obra costosa para nosotros, porque la hacíamos bajo el fuego de fusilería; mas al fin la terminamos, y quedamos en mediano estado de defensa para el caso de nuevo ataque, que tuvo efecto al día siguiente.

»Me ocurrió mandar hacer una serie de diez perforaciones en la bóveda de la tienda, poniendo en cada una de ellas á un soldado con una mecha encendida en la mano y cuatro granadas, con sus mechas respectivas unidas todas por el centro, para poderlas incendiar á la vez, con orden de verificarlo y echarlas por la perforación, caso de que el enemigo llegara nuevamente hasta donde antes lo hizo.

»Poco después que había terminado el referido asalto, vinieron á avisarme que en la calle de las Cabecitas, que pertenecía también á mi línea, era atacado el coronel D. Miguel Balcázar, jefe de esa manzana, y que se me había agregado esa misma noche por lo insuficiente de mi brigada, para cubrir la faja de manzanas cuya defensa se me encomendó. Me trasladé inmediatamente al sitio indicado, y encontré que los franceses habían seguido el mismo procedimiento empleado horas antes contra el cuartel de San Marcos, esto es, que después de abrir brecha con su artillería, lanzaron por ella una columna que, aunque fué resistida enérgicamente, ocupó el primer patio de una casa que tenía el segundo muy largo, y que por esa razón se llamaba *la casa de la cerbatana*. Llegué en los

momentos en que se perdía el citado primer patio, y ayudado por el licenciado D. Miguel Castellanos Sánchez, atravesé un mostrador viejo de madera á la entrada del segundo patio, que se reforzó con otros objetos; y corriendo, volando, coloqué allí algunos soldados. El callejón que formaba el segundo patio, fué defendido con heroicidad; y como quedaron cortados dos pelotones de nuestros zapadores en algunas piezas del primer patio, se batieron allí por más de cinco horas que éste permaneció ocupado por los franceses; así es que mandé perforar los muros para comunicarme con aquellos valientes zapadores, á quienes pude, en tiempo, proveer de municiones.

»Practicada esa operación, y contando ya con el concurso de los soldados aislados que secundaban mi empuje, logré arrojar á los zuavos á la calle, cubriendo en seguida la brecha por donde habían entrado; y por medio de aquellas perforaciones y de aspilleras para fusil, preparé la forma de hacer fuegos convergentes hacia esa brecha, para el caso de que sus defensores se vieran obligados á retroceder, como se acababa de ejecutar. Toda esta operación acabó al amanecer del 3 de Abril, y en ella se hizo notable por su valor temerario el citado señor licenciado D. Miguel Castellanos Sánchez, auditor del ejército.

»El 3 de Abril, como á las nueve de la mañana, comenzó un cañoneo de la misma mencionada manera, frente á una casa perteneciente á la propia manzana del cuartel de San Marcos, por su lado oriental (pues tal cuartel tenía su frente al Norte). Había yo encomendado al coronel de mi estado mayor, D. Manuel González, la defensa de esa casa con una compañía del batallón Morelos, de que era capitán D. Máximo Velasco.

»Como ya el sistema de ataque de los franceses comenzaba á serme familiar, la defensa fué menos difícil. Los cañones usados en esa ocasión, eran más poderosos que los de que se habían servido en los dos ataques anteriores, pues no solamente destruyeron con sus proyectiles el muro exterior, sino dos más que le seguían paralelamente. Cuando llegué al lugar del ataque, estaba abierta una ancha brecha, que tenía las dimensiones de una calle. No pudieron, sin embargo, los franceses dar el asalto, porque durante el cañoneo se les desplomaron los techos de la habitación en que habían colocado sus cañones, los cuales fueron cubiertos con el pesado escombros. En aquellas circunstancias, mandé á salir á la calle al coronel González con sus soldados, con objeto de apoderarse de la batería; pero esto fué imposible, porque tenían encima materiales que no era fácil remover bajo los cercanos fuegos transversales, que muy nutridos nos hizo el enemigo. Desistimos de la empresa, y pudimos, sin peligros, cubrir nuestra brecha, por no haber en la acera del frente, enemigo. En la noche incendiamos el edificio desplomado, perdiéndose allí por consiguiente los montajes de los cañones, de los cuales algunos que habían quedado cargados, se dispararon á virtud del incendio. El coronel González fué herido al finalizar este combate.

»Apenas concluido el ataque contra esas posiciones de González, y sin que precediera fuego de cañón, se lanzaron dos pelotones de zuavos por la brecha mal cubierta del cuartel de San Marcos, donde habían atacado la noche anterior; y dado que el paso por el zaguán era difícil, y estaba defendido desde el patio, se aglomeraron en la tienda los zuavos. En esos momentos, los soldados que la cuidaban, desde las perforaciones del techo lanzaron simultáneamente las cuarenta granadas de mano que con anterioridad estaban preparadas al efecto; y como la sucesión de detonaciones conmovió mucho la casa, los soldados mexicanos abandonaron sus puestos y se replegaron al corredor, porque creyeron que la parte fronterá de la casa se iba á derrumbar. No sucedió así, y al desaparecer los espesos nubarrones de polvo y humo levantados por la explosión de las granadas, se advirtió